

## ***Uruguay, 1968. Algunas líneas de análisis derivadas del estudio de la protesta estudiantil en un país periférico***

### ***Uruguay, 1968. Some Lines of an Analysis based on the Survey of the Student Protest in a Peripheral Country***

**Vania Markarian**

email: [vm119@caa.columbia.edu](mailto:vm119@caa.columbia.edu)

*Universidad de la República. Uruguay*

**Resumen:** Este artículo parte de la observación atenta del movimiento estudiantil que tomó las calles de Montevideo en el año 1968 para presentar algunas líneas analíticas que pueden resultar productivas al pensar otros ciclos contemporáneos de protesta. Luego de ubicar esos eventos en una geografía amplia con las marcas dobles de la aceleración política y la dramatización de los cambios culturales, se plantean cuatro temas que se derivan de ese examen y que aparecen también en un conjunto de estudios recientes sobre protestas juveniles contemporáneas en el marco de los «sesenta globales». En primer lugar, se aborda la relación entre movimientos sociales y grupos o partidos políticos en esos «ciclos cortos» de protesta. En segundo lugar, se afirma que en esos contextos la violencia funcionó más como un catalizador de la innovación política que como el mero resultado de la polarización política. En tercer lugar, se desglosa la diversidad de vínculos posibles entre la cultura, en sentido amplio, y las formas de participación política en las movilizaciones juveniles. Para terminar, se sugiere contemplar diferentes escalas de análisis de estos procesos, desde lo estrictamente nacional a la circulación transnacional de ideas y personas.

**Palabras clave:** 1968; juventud; izquierda; cultura; violencia.

**Abstract:** This paper – focused on a deep analysis of the student movement that occupied the streets of Montevideo in 1968 – aims at proposing some analytical lines to understand this and other contemporary cycles of protest in different places of the world. After locating these events in a wide geography characterized both by political acceleration and the dramatic display of cultural change, four relevant themes in the growing body of literature on the «global Sixties» are raised. First, it is addressed the relationship between social movements and groups or political parties in these «short

cycles» of protest. Second, the idea that violence was rather a catalyzer of political innovation rather than the result of political polarization is proposed. Third, it breaks down the diversity of possible links between culture, in a broad sense, and the forms of political participation in youth mobilizations. Finally, it can be more rewarding to look at different scales of analysis of these processes, from the strictly national to the transnational circulation of ideas and people.

**Keywords:** 1968; Youth; Left; Culture; Violence.

Recibido / Received: 21/11/2018

Aceptado / Accepted: 16/12/2018

## 1. Introducción

Este artículo parte de la observación atenta del movimiento estudiantil que tomó las calles de Montevideo en el año 1968 para presentar algunas líneas de análisis que pueden resultar productivas al pensar otros ciclos contemporáneos de protesta. He desarrollado un examen detallado de esas movilizaciones en un libro exclusivamente dedicado al caso uruguayo (Markarian, 2012). Me propongo acá simplemente continuar algunas ideas allí planteadas y proponerlas como prevenciones analíticas al pensar otros contextos geográficos.

Como preámbulo a ese ejercicio, quiero plantear una pregunta que se me ha hecho recurrente en las innumerables conmemoraciones a las que venimos asistiendo a cincuenta años de esos hechos. La pregunta refiere a lo que estamos recordando: ¿medio siglo de qué se está cumpliendo en este 2018? O, en menos palabras, ¿Qué fue «el 68»? Mi primera reacción es un lugar común que se nos ha vuelto quizás invisible a fuerza de repetirlo: pocos años evocan tantos lugares; la mención de pocas fechas nos trae a la mente una geografía tan global como la de 1968. Si pensamos en otras efemérides que hemos conmemorado recientemente, como 1917 o 1918, es palmario que referimos a unos sucesos bien localizados, en Rusia o en Córdoba, y a sus inmensas repercusiones más allá de fronteras, hacia el resto del mundo, hacia el continente, según el caso. Esa condición realmente global de lo que hoy estamos analizando nos obliga a iniciar este camino preguntándonos qué queremos decir cuando hablamos de «1968» en diferentes realidades.

Al pensar desde América Latina, me parece claro que evocamos dos conjuntos diferentes de marcas o de características, unas más en el orden de lo político y otras más en el orden de lo cultural en sentido amplio. Estas primeras definiciones apuntan a reconocer el impacto de los eventos concretos del año que estamos recordando sin por eso desconocer la utilidad analítica y la pertinencia política de concebir los «sesenta globales» como el marco explicativo de 1968 (Zolov, 2014). En aras, entonces, de rescatar la importancia del evento, digamos que 1968 alude a un ciclo corto de protesta necesariamente inscripto en el ciclo más largo de confrontación global que fue la Guerra Fría, una suerte de aceleración o intensificación de la segunda etapa de ese enfrentamiento bipolar que se abrió en el subcontinente latinoamericano luego de la Revolución Cubana de 1959. Ese ciclo tuvo, como segundo rasgo, un claro protagonismo juvenil, especialmente estudiantil, pero siempre en alianza con otros sectores y actores, particularmente con los trabajadores organizados. En tercer lugar, se experimentó entonces una radicalización explosiva de los repertorios de protesta disponibles para esos sectores

movilizados. La respuesta creciente y en muchos casos inéditamente represiva y autoritaria de los Estados nacionales, siempre con apoyo logístico y doctrinario de Estados Unidos, fue otra característica compartida de esos ciclos de protesta que determinaron, en el corto plazo, la consolidación de una mirada de grupos armados de izquierda.

En este sentido, el de definir un «ciclo corto» y encarnizado de protesta en el marco de la Guerra Fría, podemos decir que hubo «tres 68s» que ocurrieron en 1968 en América Latina (Gould, 2009). Esos «tres 68s» fueron los de México, Brasil y Uruguay (esta línea de razonamiento nos lleva a afirmar que «el 68» argentino, con todos los rasgos recién señalados, ocurrió en 1969, cuando el «Cordobazo»). En los tres países recién nombrados, bajo regímenes políticos muy diferentes, las protestas mayormente estudiantiles de 1968 terminaron en un aumento exponencial de la capacidad de control de los respectivos Estados. En Brasil, ya en dictadura desde el golpe de 1964, se produjo un enorme fortalecimiento de los instrumentos represivos a partir del Acto Institucional número 5, de diciembre de 1968, que vino a poner fin al ciclo de protesta estudiantil redoblado en marzo luego del asesinato de Edson Luis de Lima Souto (Langland, 2013). En el caso mexicano, donde se vivía un régimen de democracia formal controlado por el Partido de la Revolución Institucional (PRI), se experimentó también un cambio en las formas represivas con la relativa autonomización de las fuerzas que actuaron en las matanzas de Tlatelolco, en octubre de 1968, y Corpus Christi, en junio de 1971, y continuaron luego persiguiendo a las guerrillas (Pensado, 2013). En Uruguay, por último, se puede decir que 1968 fue el comienzo de lo que el historiador Álvaro Rico ha llamado «el camino democrático a la dictadura» (Rico, 2005). Se fortaleció entonces la institucionalidad represiva y, aunque en el interín hubo elecciones nacionales razonablemente libres en 1971, el proceso terminó con la caída progresiva de los poderes del Estado, el ingreso de los militares al Ejecutivo en febrero de 1973 y el golpe formal contra el legislativo el 27 de junio de ese año.

El segundo conjunto de rasgos que nos evoca la mención de «1968» es, en el marco de esos ciclos cortos de protesta, la dramatización o el impacto acelerado de cambios de más larga duración en la sociabilidad y la cultura, sobre todo en los sectores medios de las sociedades latinoamericanas. Me refiero a una serie de transformaciones más lentas que se venía procesando seguramente desde la segunda posguerra en lo que atañe a las relaciones familiares, a los vínculos entre los géneros, entre hijos y padres, con las autoridades, entre estudiantes y profesores, en los hábitos y las modas. Se trata de lo que Eric Hobsbawm ha llamado la «revolución cultural de los sesenta», una revolución que la historiadora Isabella Cossa ha calificado con certeza como «discreta», en el sentido de que no se puede identificar con precisión el momento de quiebre entre un régimen de costumbres y el que con toda claridad le siguió (Hobsbawm, 1995; Cosse, 2010). Pero es innegable que esa mutación se produjo y tuvo un momento de gran visibilidad durante las movilizaciones de fines de los años sesenta que mostraron a los jóvenes como un actor político con sentido propio.

Desde esas primeras definiciones que nos ubican al año 1968 en una geografía amplia con las marcas dobles de la aceleración política y la dramatización de los cambios culturales, pasaré a relatar el «ciclo corto» de movilización estudiantil de

1968 en Uruguay. Plantearé luego cuatro temas que se derivan de ese examen y que aparecen también en un cuerpo de estudios recientes sobre las protestas juveniles contemporáneas: la relación entre movimientos sociales y grupos o partidos políticos; el papel de las violencias políticas en esos ciclos de protesta; los vínculos entre cultura y política en las movilizaciones estudiantiles; y las diferentes escalas posibles para el análisis de estos procesos.

## 2. Sobre el «ciclo corto» de protesta en Montevideo

El ciclo de movilización estudiantil de 1968 en Uruguay tuvo más de trescientos episodios de protesta entre los meses de mayo y octubre, según los cálculos de Gonzalo Varela, analista y protagonista de esos hechos, en base a datos del Ministerio del Interior (Varela, 2002). Las movilizaciones comenzaron en los últimos días de abril y primeros de mayo, a poco de inaugurado el período lectivo en el otoño del sur del planeta, como pasaba casi todos los años en un país con larga tradición de organización y protesta estudiantil que se puede remontar sin esfuerzo hasta el Congreso Internacional de Estudiantes Americanos de 1908<sup>1</sup>.

Los primeros en movilizarse fueron los estudiantes secundarios al reclamar el subsidio del precio del transporte, otra reivindicación usual y cotidiana de estos sectores. La mayor parte de estas movilizaciones tuvo su origen en liceos ubicados en los barrios periféricos de la ciudad de Montevideo, donde se había producido en la década anterior un enorme aumento de la matrícula y la creación de muchos nuevos establecimientos educativos. Las cifras disponibles indican que las inscripciones pasaron de 15.000 a comienzos de la década de 1940 a 27.000 al inicio de los años cincuenta y 57.000 al despuntar los sesenta. Es decir que el contingente estudiantil secundario se había duplicado dos veces en veinte años en una población total de crecimiento casi nulo, con decenas de miles de jóvenes que eran los primeros en sus familias en acceder a ese nivel educativo (Rama 1963). Esas primeras movilizaciones fueron dirigidas por la Coordinadora de Estudiantes Secundarios del Uruguay (CESU), controlada por sectores cercanos a la Unión de Juventudes Comunistas (UJC), ramal juvenil del Partido Comunista Uruguayo (PCU). Emplearon repertorios tradicionales de protesta, los mismos de años anteriores: ocupaciones, huelgas, peajes, manifestaciones, marchas, etc. Los observadores de la época notaban que se trataba de una movilización «bulliciosa pero pacífica», aludiendo a que los ocasionales desbordes se mantenían también dentro los límites habituales de las demostraciones estudiantiles (Copelmayer y Diaz, 1969). Había algunas pedreas y algunos arrestos por parte de la policía, que solía llamar a los padres para que retiraran a los menores detenidos.

A comienzos de junio se sumaron los universitarios a las movilizaciones con otro reclamo tradicional, especialmente en un año en que se debatía el presupuesto nacional: fondos para su casa de estudios, la Universidad de la República (Udelar).

<sup>1</sup> Este párrafo y los que siguen de descripción general de las protestas estudiantiles de 1968 en Montevideo resumen el primer capítulo de Markarian (2012), basado, a su vez, en la bibliografía básica sobre el tema allí citada. Se refiere a textos específicos cuando se realizan citas textuales, se aportan datos cuantitativos, se recogen impresiones u opiniones de los autores o se tratan hechos controversiales.

La única institución de educación superior en Uruguay también había experimentado un marcado aumento de matrícula en el último lustro que hizo más acuciantes sus ya endémicas carencias presupuestales. Era palmario también que, a pesar de los continuados esfuerzos de sus autoridades, la Udelar no lograba transformarse para estar a tono con los debates globales sobre el papel de la ciencia, la tecnología y el conocimiento en el desarrollo de las diferentes sociedades. Aunque estos reclamos de dinero y transformación tenían honda repercusión en un país que había hecho de sus logros educativos un indicador de su excepcionalidad en el continente, nada en esta somera descripción del arranque del ciclo de protesta de 1968 difiere demasiado del cauce normal de movilizaciones estudiantiles en los años anteriores.

Un análisis más atento a las novedades indica que las primeras singularidades se produjeron a fines de mayo, cuando la CESU exhortó a desocupar los liceos porque había alcanzado acuerdo con las autoridades municipales sobre el precio del boleto y muchos estudiantes no acataron el llamado y permanecieron en sus centros de estudio. Pero el verdadero quiebre, la auténtica alerta sobre la distancia que mediaba entre estas protestas y sus antecedentes, debe ubicarse en el terreno de las relaciones entre los sectores movilizados y las prácticas estatales para lidiar con la conflictividad social. Fue con la implantación de Medidas Prontas de Seguridad (MPS) a mediados de junio que cambiaron radicalmente las formas de organización y lucha de esos sectores, especialmente en el seno del movimiento estudiantil. Estas medidas, una forma limitada del estado de sitio prevista en la constitución que posibilitaba la suspensión de derechos y libertades, entre ellos las de reunión y manifestación, habían sido aplicadas en muchas otras oportunidades para intervenir en situaciones de «emergencia», desde huelgas hasta inundaciones. En junio de 1968, se decretaron en respuesta a la creciente ola de movilización de los trabajadores en medio de una crisis económica sin precedentes. En el texto justificatorio, sólo la alusión al «desusado clima de violencia callejera» parecía apuntar a las acciones estudiantiles (Uruguay, Poder Ejecutivo 1968). A partir de entonces, el gobierno de Jorge Pacheco Areco hizo de este recurso de excepción su modo permanente. Pacheco había asumido en diciembre de 1967 en sustitución del presidente electo, Óscar Gestido, muerto sorpresivamente. Su primera medida de gobierno había sido la ilegalización de varios partidos y medios de prensa que habían apoyado el llamado de la Organización Latino Americana de Solidaridad (OLAS) en Habana a la lucha armada en América Latina. Era una decisión inédita en un país donde ni siquiera el Partido Comunista había sido proscrito en los momentos más álgidos de la primera Guerra Fría.

Más allá del giro conservador y el carácter claramente autoritario del régimen de Pacheco, lo que nos interesa ahora es el impacto que su forma de contener la movilización social tuvo sobre el movimiento estudiantil de 1968. Fue en ese momento, a partir de la implantación de las MPS, que se constató un claro desborde de las estructuras y repertorios tradicionales de protesta. Como dijimos, la CESU, de relativa volatibilidad organizativa por el ritmo de recambio de las camadas estudiantiles secundarias, ya no recuperó su capacidad de contener las medidas de lucha de los grupos movilizados. También en el ámbito universitario se vivió una notoria descentralización de las modalidades de la protesta. La antigua y prestigiosa Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), fundada

en 1929, de gran tradición y participación en el cogobierno universitario, vio proliferar manifestaciones que no pasaban por ninguno de los órganos de decisión establecidos.

Las demostraciones, que habían comenzado muchas veces en los barrios periféricos, convergieron en esta etapa en el centro de la ciudad, donde se ubicaban varios de los edificios educativos más importantes. Aparecieron en los dos niveles educativos formas novedosas de organización y protesta, con algunas experiencias de gran originalidad y expresividad como los «contracursos» (clases afuera de las aulas) y las manifestaciones «relámpago» (de convocatoria y dispersión rápida y sorpresiva); aumentó la horizontalidad de los procesos de toma de decisiones; se intensificaron las disputas por los espacios y horarios de las demostraciones con el objetivo de ampliar el alcance de las protestas y también su poder disruptivo. Asimismo, se politizaron muchos temas que anteriormente se habían resuelto en términos pedagógicos o mediante la aplicación de principios tradicionales de autoridad adulta como los usos apropiados de los locales educativos<sup>2</sup>.

También la represión adquirió características y magnitudes desconocidas en el país. Los primeros heridos graves de bala de armas calibre 38 de la policía fueron denunciados en junio en la prensa de izquierda. La represión tuvo entre los estudiantes el efecto de despertar una mayor voluntad de movilización, desatándose una verdadera escalada represiva. La Universidad de la República estuvo desde entonces en el centro de los conflictos, mientras el gobierno y los sectores conservadores acusaban a sus autoridades de alentar los «disturbios juveniles». Entre agosto y setiembre, la policía mató a tres estudiantes, uno cerca de la Facultad de Veterinaria y los otros dos en el predio central de la Udelar. Los tres pertenecían la UJC. Estos asesinatos inauguraron la larga lista de jóvenes muertos por las fuerzas represivas en las calles de Montevideo en los próximos años, un dato inédito en una sociedad que hacía décadas que resolvía sus conflictos sin el recurso descarnado de la violencia política.

A fines de setiembre, luego de estos episodios, el Poder Ejecutivo decidió suspender las clases hasta mediados de octubre. En lo inmediato, esta medida sirvió para desmovilizar a los jóvenes, que ya no se encontraban cotidianamente en sus lugares de estudio para organizar sus marchas y demostraciones. Así terminó esto que hemos venido definiendo como el «ciclo corto» de protesta de 1968. Sin embargo, sus resultados más evidentes en el corto y mediano plazo fueron enormes, especialmente el gran crecimiento de todas las opciones de izquierda, lo cual auguraba más medidas de lucha y la consolidación del movimiento de resistencia contra el gobierno de Pacheco, como efectivamente sucedió en los años siguientes.

¿Cómo medir e interpretar ese crecimiento? Veamos algunos ejemplos. Según reconocía la propia organización, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), que se convirtió luego en el más importante de los grupos armados del país, tenía a fines de 1967 un aparato organizativo mínimo y por supuesto clandestino. Casi sin haber realizado acciones públicas de notoriedad, saltó a la fama a mediados de 1968 con el secuestro de un destacado funcionario del gobierno. Sin embargo,

---

<sup>2</sup> Este análisis de los cambios en las formas de organización y protesta resume algunas conclusiones del segundo capítulo de Markarian (2012).

sus documentos no mencionaron al movimiento estudiantil uruguayo hasta octubre (algo habían dicho de los franceses en mayo), cuando ya había terminado el «ciclo corto» de protesta y un grupo de jóvenes que se encontró de pronto sin obligaciones curriculares e impedido de acceder a sus locales de estudio hizo un corte sorpresivo de tránsito en Montevideo. Eso es lo que «hay que hacer», señaló entonces un documento de los Tupamaros y exhortó a realizar acciones que causaran sensación y acicatearan a la lucha a sectores más amplios<sup>3</sup>. A comienzos de 1969, el MLN-T había multiplicado exponencialmente su membresía, mayormente con jóvenes provenientes del fervoroso movimiento estudiantil del año anterior. La imagen heroica de la guerrilla, que evocaba el reciente sacrificio y el tantas veces ensalzado arrojamiento del Che Guevara, atrajo a muchos. Pero cabe recordar que la inclinación por ciertas formas de violencia callejera ya estaba extendida entre los estudiantes desde mediados de 1968, siempre en diálogo con los nuevos métodos, cada vez más abiertamente represivos, del gobierno (Markarian, 2012).

En ese contexto, también la UJC apareció como una alternativa atractiva, sobre todo luego de que el asesinato de Liber Arce el 14 de agosto mostrara la voluntad de entrega de sus militantes. No parece un dato menor que Susana Pintos y Hugo de los Santos, asesinados por la policía a fines de setiembre, se hubieran afiliado sólo un mes antes, en reacción a la muerte del estudiante con nombre de consigna (Liber Arce), que era ya un cuadro de la organización. Fueron dos de los miles de nuevos afiliados de ese año<sup>4</sup>. Estos datos indican que la UJC y el MLN-T, dos de las principales organizaciones de la izquierda del momento, capitalizaron un ánimo rebelde que había desbordado rápidamente las formas y espacios tradicionales de protesta, incluyendo los gremios auspiciados por los comunistas, como la CESU, y hasta algunas instancias de la más antigua, plural y prestigiosa FEUU. Otros muchos grupos de izquierda, más o menos numerosos, más o menos estructurados, se formaron o crecieron al calor de esas desbordantes movilizaciones (Rey Tristán, 2006).

### 3. Algunas ideas para seguir pensando

Para abrir estas reflexiones, quiero detenerme por un momento en un dato que acabo de mencionar: la reciente militancia comunista de los muertos de 1968. Esa información sirve de arranque para explicar cómo se produjo el crecimiento de las izquierdas políticas y plantear algunos desafíos analíticos que nos presenta lo que hemos venido llamando el «ciclo corto» de protesta, sobre todo si insistimos en mirarlo desde las categorías de sus protagonistas. Digamos para empezar que la filiación comunista nos pone frente a una paradoja: los tres asesinados pertenecían al sector que, como vimos en la CESU (y algo similar ocurrió en la interna de la

---

<sup>3</sup> Ver: MLN-T, «Los Tupamaros y el movimiento estudiantil», octubre de 1968, en Costa, 1971, pp. 125-6; por mención a estudiantes parisinos, ver Ver MLN-T, Documento 3, mayo de 1968, citado en Indal, 1973, p. 51.

<sup>4</sup> Según cifras oficiales, entre 1965 y 1969 la membresía de la UJC se multiplicó por cuatro, con 6.000 nuevos afiliados en 1969. Ver: «6000 nuevos afiliados durante 1969!», *UJOTACE*, 13 de diciembre de 1969, p. 3; «607.000 jóvenes uruguayos de 15 a 29 años», *UJOTACE*, 15 de agosto de 1970, p. 8.

FEUU), quería frenar el enfrentamiento y apostaba al camino legal de la protesta y a la negociación con las autoridades. Se trataba, además, de un grupo que, mientras perdía fuerza en las instancias de decisión y era desbordado por las luchas estudiantiles, seguía creciendo entre los jóvenes movilizados.

Para explicar esa aparente contradicción, los protagonistas (que fueron también los primeros estudiosos) han recurrido a explicaciones que tienen que ver con los debates internos de la izquierda de la época, en especial con las divisiones entre las «nuevas» y las «viejas» izquierdas del momento, para usar el lenguaje «nativo» (Markarian, 2012). Sin negar esas interpretaciones, en especial la idea de que los «viejos» comunistas desplegaban su combatividad para mantenerse vigentes entre los sectores movilizados frente a los «nuevos» grupos que disputaban por izquierda con su poder de convocatoria, mi trabajo parte de esa pequeña referencia (la reciente afiliación de dos de los jóvenes asesinados) para aventurar otra hipótesis. Esta línea de razonamiento nos indica que la relación entre el movimiento estudiantil y el crecimiento de las izquierdas es más compleja de lo que suele parecer en los relatos de muchos testigos y analistas.

Para eso, propongo, en primer lugar, considerar cómo funciona en este caso una idea de gran circulación entre quienes han investigado desde la sociología histórica el clásico tema de la relación de los grupos y partidos políticos con los movimientos sociales (Della Porta, 1995). Para eso, es necesario desentrañar algunos aspectos de la vinculación de las izquierdas políticas con el movimiento estudiantil que venimos describiendo. Lo primero es que, como acabamos de apuntar, los diferentes grupos y partidos crecieron a partir del movimiento estudiantil, que los precedió y que, por tanto, no fue la consecuencia directa ni el resultado natural de la prédica o poder de convocatoria de los mismos. El protagonismo juvenil en las movilizaciones de 1968 impactó a toda la izquierda uruguaya y cruzó los debates en curso sobre las «vías de la revolución», especialmente sobre la importancia y la oportunidad de la lucha armada en el continente y la agencia de los diferentes actores y sectores en la promoción del cambio social. Así, mientras los comunistas negaban el carácter generacional de las protestas y trataban de explicar el papel de los estudiantes como aliados de la clase obrera, otros grupos veían en los jóvenes movilizados el elemento detonante de la lucha revolucionaria en Uruguay. Algo de esto aparece en las fuentes que dan cuenta de las fuertes discusiones ideológicas y políticas de la izquierda uruguaya de la época, donde el factor juvenil fue analizado luego de su explosiva presencia en las calles como una circunstancia que se imponía y desafiaba las elucubraciones teóricas previas (Markarian, 2012).

La enorme mayoría de los jóvenes que terminó afiliándose a la UJC o acercándose a los Tupamaros y a tantos otros grupos de izquierda de la época tuvo sus primeras experiencias militantes al movilizarse desde sus centros de estudio sin ninguna adscripción partidaria. Muchos de esos grupos tuvieron la capacidad de capitalizar esa inquietud y proporcionar lenguajes e instrumentos para articular ese estado de movilización. En ese sentido, los procesos de encuadramiento militante, con sus declinaciones ideológicas y prácticas, fueron transversales a lo que se ha dado en llamar «nueva» y «vieja» izquierda. Quizás en este punto el caso uruguayo, por el papel central y permanente del Partido Comunista, difiera de otros en América Latina y el mundo, donde los partidos pro soviéticos perdieron más claramente



relevancia política en estos momentos. Pero la salvedad analítica vale para pensar otras realidades. Especialmente interesante en este sentido resulta el que los jóvenes comunistas, en su voluntad de enfrentamiento y entrega, se asemejaran tanto a lo que se ha caracterizado como «nueva izquierda», incluso si asumimos la definición del historiador estadounidense Greg Grandin que le asigna de modos exclusivo el «deseo de la acción» («a will to act»), aparentemente opuesto a la propensión deliberativa de las izquierdas tradicionales, comunistas, socialistas o más o menos liberales (Grandin, 2004).

En segundo lugar, en relación directa con lo anterior (tanto con las vinculaciones entre grupos políticos y movimientos sociales como con la diferenciación entre «vieja» y «nueva» izquierda), quiero considerar el papel de las violencias en «ciclos cortos» de protesta como el que acabo de describir. Me refiero tanto a la violencia represiva estatal como a las formas desplegadas por los diferentes sectores movilizados. En lo que hace a estas últimas, no se trataba sólo ni primordialmente de los métodos de la guerrilla que, como vimos, no eran todavía centrales en esta etapa, sino de todas las modalidades de enfrentar a las fuerzas represivas y practicar la «acción directa» que estuvieron en uso y debate aún cuando la discusión sobre la «vía de las armas» no trascendía fuera de grupos muy pequeños de militantes. Desde esa definición básica de la diversidad de sus formas, cabe decir que la violencia fue en este ciclo corto más un catalizador de la innovación política para gran parte de los sectores movilizados que el resultado insoslayable de sus procesos de radicalización ideológica. Eso nos ayuda a entender que los tres muertos fueran comunistas y explica que el PCU y la UJC crecieran aún cuando en sus documentos preconizaran los caminos legales y criticaran a quienes promovían una actitud de confrontación donde creían que las fuerzas represivas tendrían todas las de ganar. Se reafirma así la idea de que la disposición a la lucha, a «poner el cuerpo» para defender las ideas, estaba presente en los jóvenes movilizados antes de encuadrarse como militantes políticos. Por supuesto que los diferentes grupos proporcionaron los lenguajes y repertorios de la protesta, pero cierta atracción por sus formas más combativas era ya parte de la experiencia de quienes terminaron por afiliarse a las diferentes opciones disponibles o por crear otras nuevas.

De este modo, la apelación extendida a ciertas modalidades de la violencia política aparece, al menos en el caso uruguayo, como un resultado a explicar en el desarrollo de este ciclo de protesta y no simplemente como «el huevo de la serpiente» que maduró en el camino al golpe de Estado de 1973, según han postulado muchos analistas de estos procesos (Marchesi y Yaffé, 2010). Por supuesto que en esta escalada jugó un papel central la violencia represiva del Estado, verdadero acicate de la movilización callejera en el corto plazo. El fortalecimiento del control estatal sobre la protesta social en Uruguay, como en otros tantos países de América Latina, no puede separarse, al menos desde el comienzo de la Guerra Fría, del soporte logístico y doctrinario de Estados Unidos. La historiadora Clara Aldrighi ha analizado en detalle el impacto de la ayuda estadounidense en la consolidación de algunas tendencias autoritarias en el Estado uruguayo (Aldrighi, 2007). El ciclo corto de 1968 implicó un momento de quiebre en ese proceso que se hizo patente en los inéditos homicidios de los tres estudiantes: mientras el primero murió a causa de heridas ocasionadas por el arma de reglamento de un policía de la comisaría del

barrio, los dos que le siguieron fueron asesinados con escopetas largas recibidas por la Guardia Metropolitana como parte del Programa de Seguridad Pública de la embajada de Estados Unidos en Uruguay.

Esta transformación de las formas represivas fue tema de discusión en la época, muchas veces en base a interpretaciones generales del fenómeno imperialista y con pocos datos fehacientes sobre sus dimensiones. En términos más generales, me gustaría destacar que la creciente violencia represiva del Estado fue leída, tal como había sucedido con el asesinato del Che Guevara un año antes, en «clave de victoria», como una demostración de la necesidad y urgencia de la lucha, y tuvo como efecto inmediato una mayor voluntad de enfrentamiento de los sectores movilizados en muchos países latinoamericanos. A mediano plazo, estas lecturas de episodios represivos que el historiador Aldo Marchesi ha llamado «sentimentales» contribuyeron en muchas de esas sociedades a abrir las puertas a otras violencias revolucionarias (Marchesi, 2017). Pero a la hora de evaluar su impacto en el caso que nos ocupa (y potencialmente en otros de la región) eso no debe opacar que la discusión sobre sus causalidades y consecuencias fue también esencial en la conformación del frente opositor al autoritarismo de Pacheco que reunía a quienes apostaban a métodos violentos y a quienes abjuraban de los mismos por diversas razones más o menos coyunturales.

Esto me lleva al tercer tema que quiero plantear en relación a estos ciclos cortos de protesta de 1968: la relación entre la política y la cultura, en sentido amplio. No parece arriesgado afirmar que en un comienzo esa voluntad de enfrentamiento, ese «deseo de la acción», para volver a usar las palabras de Grandin, se hizo carne en los jóvenes movilizados no sólo (ni principalmente) por la vía de textos doctrinarios de las organizaciones ni por sus lecturas estrictamente políticas. Parece evidente que esa pulsión por «cambiarlo todo» y romper con las viejas normas de la «cultura burguesa» vino también en ancas de una serie de productos culturales que encarnaban el significado de «ser joven» en ese entonces. Esos artefactos culturales, de origen en los países desarrollados, pero de intensa circulación global, materializaban una nueva cultura juvenil estrechamente relacionada con lo que Jeremi Suri ha llamado un «lenguaje del disenso» que desafió el orden de la Guerra Fría en diferentes rincones del mundo (Suri, 2003). Algo similar ha demostrado Eric Zolov en su estudio del caso mexicano al señalar potencial disruptivo del rock anglosajón en una cultura patriarcal que era también la base de la cultura política que controlaba el PRI (Zolov, 2002). Ese tipo de análisis ha buscado restituir la dimensión política a los productos culturales de los sesenta, sobre todo en una sociedad, como la norteamericana, donde esa época había quedado reducida a un fenómeno del mercado y la moda. Su impacto en mi trabajo ha sido impulsarme a reponer la dimensión cultural de unos años que, desde América Latina, habían quedado más asociados a sus aspectos políticos e ideológicos. Esto me llevó a detectar una serie de productos y artefactos culturales conducentes a la protesta y a analizar algunas trayectorias personales o de pequeños colectivos donde esos contenidos aparecieron primero como inquietud cultural y ayudaron luego al encuadramiento militantes de muchos jóvenes de los sectores medios de Montevideo.

Una lectura atenta de algunos documentos poco transitados en análisis previos de estos procesos, sobre todo los referidos al campo de la cultura y el arte, me

ayudó a constatar el impacto en la conformación de identidades políticas a nivel local de una serie de ideas y prácticas de circulación global asociadas a la cultura juvenil de la época. Si la consigna «sexo, droga y rock and roll» de alguna manera encapsulaba esas nuevas pautas culturales, digamos que en 1968 era claro que los jóvenes uruguayos que se unían a las diferentes opciones de izquierda también innovaban en las formas de vivir y representar su sexualidad y estaban atentos a un mercado musical donde la juventud era un segmento privilegiado. De las drogas parece haberse hablado menos en esos círculos. En todo caso, lo que quiero volver a decir es que esas novedades culturales atravesaron a la «vieja» y a la «nueva izquierda» y hasta ponen en duda la utilidad de una división muy tajante, dado que, al menos en el caso que nos ocupa, una amplia gama de las izquierdas crecieron con los jóvenes portadores de tales novedades. Algo parecido parece aplicable al estudio de Chile, por ejemplo, donde gran parte de la literatura sobre estos temas muestra la difusión de las nuevas pautas culturales en diferentes sectores de la izquierda, incluyendo al Partido Comunista (Salgado, 2014; Barr-Melej, 2017).

Efectivamente, hubo una serie de procesos más o menos ajenos al campo de la política que prepararon el terreno en varios países de América Latina para que muchos integrantes de esa generación se movilizaran primero y se encuadraran militantemente después. Fue leyendo el nuevo ensayismo latinoamericano y el revisionismo histórico rioplatense, pero también a los beatniks de Estados Unidos y al «malditismo» francés, fue escuchando al uruguayo Daniel Viglietti y a la chilena Violeta Parra, pero también a los cantantes anglófonos, como los Beatles, Bob Dylan y Joan Baez, y locales como los Shakers (y bailando los nuevos ritmos) que muchos empezaron a asociar la idea de ser joven con la de ser rebelde en todas las áreas de la vida (Markarian, 2014). Claro que en Uruguay sin Pacheco y las Medidas Prontas de Seguridad, sin las marchas de los desposeídos trabajadores «cañeros» del norte del país, sin la inédita represión policial, sin la prédica guevarista, la «teoría del foco» y la divulgación de algunos conceptos marxistas y leninistas, sin Cuba y el «campo socialista», sin Vietnam y tantos otros hitos y banderas de diferente signo ideológico, ese espíritu no habría devenido compromiso militante con la fuerza que tuvo en esos años. Pero ya parece ser momento de recordar que antes que «héroes y mártires de la revolución» (y todavía mucho antes de que la ola autoritaria los transformara en «víctimas de las violaciones a los derechos humanos»), esos jóvenes pensaron que podían disfrutar de las novedades culturales de su época sin por eso apartarse de la política: tirar un «molotov» una tarde luego de escuchar música «beat» en la casa de un amigo o decidir que la mini era más práctica que la maxifalda para huir de la policía en una manifestación «relámpago». Y nada de eso banaliza sus experiencias políticas. Por el contrario, aunque las relaciones entre las izquierdas y la contracultura juvenil, obviamente atravesadas por las industrias culturales y las fuerzas del mercado, fueron tensas y complejas, es en el punto de intersección entre esos mundos donde se revela, en toda su complejidad, lo que significa haber sido joven de izquierda en los años sesenta.

Un desplazamiento analítico similar desde la política a la cultura para entender los ciclos de protesta de los sesenta y sus resultados en el corto y mediano plazo ha caracterizado una serie de estudios recientes sobre movimientos estudiantiles y juveniles en otras partes de América Latina. A su vez, estos trabajos han trascendido

la consideración de los artefactos culturales hacia los espacios de sociabilidad donde circulaban y eran resignificados estos productos. En su conjunto, esta tendencia de la bibliografía contemporánea habilita dos consideraciones generales sobre las relaciones entre cultura y política en esos movimientos. La primera apunta a advertir que, desde la perspectiva de los jóvenes de la época, la oposición al «sistema burgués» podía adquirir dos formas extremas (y una miríada de modalidades intermedias): de un lado, podía proponerse una cultura del rechazo a las pautas de consumo del capitalismo global, incluyendo las pautas juveniles, fundamentalmente en base a un lenguaje anti-imperialista radical, pero también desde un ascetismo que los acercara a los modos de vida de sectores que se construían como oprimidos o subalternos; por otro lado, un esfuerzo de ruptura con las normas de la cultura burguesa desde el hedonismo de raíz romántica y el deseo de experimentación individual que iba desde el sexo hasta las drogas. Lo interesante es que, según constatan nuevas aproximaciones a los sesenta latinoamericanos como las de Valeria Manzano para Argentina y Patrick Barr-Melej para Chile, exploraciones de esas dos posibilidades extremas se dieron en los ambientes cercanos a los círculos militantes de izquierda con más frecuencia de la que habían reconocido sus primeros analistas o recordaban sus protagonistas (Manzano, 2014; Barr-Melej, 2017).

La segunda consideración sobre esos enfoques es su énfasis en otro rasgo central del «momento 68» que proviene del ethos militante que se forjó en esas luchas estudiantiles. Me refiero a la idea de que cultural y socialmente el punto de partida y el de llegada de los jóvenes de esa generación podían diferir radicalmente, de que era posible, voluntariamente, atravesar «dislocaciones» o «transformaciones del yo» a través de la cultura y la política (Manzano, 2018). Esto comprendía a jóvenes de clase media o media alta que creyeron que podían vivir como (o asumir el punto de vista muchas veces idealizados de) los sectores marginalizados mediante esfuerzos de «proletarización» o, en el caso uruguayo, «peludización» (en referencia a los «peludos», trabajadores de la caña de azúcar del norte del país que tuvieron gran influencia sobre los Tupamaros). Abarcaba también a muchos jóvenes de clase media baja de esos barrios obreros periféricos donde comenzó el movimiento estudiantil secundario de Montevideo, por ejemplo, que hicieron apropiaciones plebeyas de la alta cultura y también de esas pautas juveniles globales antes referidas. Estos desplazamientos de la autopercepción social y cultural adquirieron entonces cierta independencia de las posibilidades reales de ascenso social que todavía existían en algunas sociedades latinoamericanas de la época (Walker, 2014).

Para terminar, quiero plantear algunas reflexiones sobre las escalas de análisis de estos procesos de transformación cultural, movilización social y radicalización de la participación política. Mi trabajo comparte con los estudios que vengo citando de la protesta juvenil y estudiantil en América Latina una escala de análisis nacional donde el Estado sigue siendo el foco y el objeto de la acción política, de los reclamos y protestas de los sectores movilizados. Aún los estudios de pretensión transnacional admiten esa centralidad de los Estados nacionales en los desplazamientos de ideas y personas que dibujaron la «geografía de la protesta» en esa época. En todos los casos, se reconoce también la importancia de una escala regional y hemisférica que tiene que ver tanto con el papel del poder imperial de Estados Unidos en estos

procesos como con el papel de Cuba, origen de tantos posicionamientos y debates y también de las redes doctrinarias y logísticas que los sostuvieron (Gilman, 2003; Artaraz, 2009). Como vimos, además, el reconocimiento de la importancia de la cultura en la conformación de los movimientos de protesta nos ha llevado a considerar la circulación global de lo que significaba «ser joven» en productos culturales provenientes de Europa y Estados Unidos que impactaron en la creación de nuevas identidades políticas a nivel local. Esta ampliación de las escalas de análisis es una de las novedades más interesantes de lo que se ha dado en llamar el campo de estudios de los «sesenta globales» que mi trabajo integra (Zolov, 2014).

Me gustaría, sin embargo, señalar una dimensión más, que no aparece tan claramente en estos trabajos pero que en estas conmemoraciones de los cincuenta años de 1968 ha resultado cada vez más evidente para quienes nos dedicamos a estos temas (Marchesi, 2018). A falta de un término más aceptado, propongo el de «circulación inversa», no sólo de productos culturales sino también de ideas y conocimientos. Me refiero, más concretamente, al enorme impacto de América Latina en los ciclos de protesta del primer mundo, por supuesto que relacionado con tendencias anteriores desde el gusto por lo exótico de los románticos hasta el marcado tercermundismo de varias generaciones de intelectuales. En los sesenta, basta pensar en la efigie del Che Guevara en las movilizaciones de París o Roma, pero es hora también de considerar la influencia de corrientes de pensamiento nacidas en el sur de América como la «teoría de la dependencia», la «teología de la liberación» y, por supuesto, la «teoría del foco».

Queda mucho trabajo por hacer para entender esas «circulaciones inversas» de ideas y pautas de conducta encarnadas en productos culturales, pero no parece arriesgado afirmar que pocas veces América Latina estuvo tan presente en el imaginario de los sectores movilizados de izquierda de Europa o Estados Unidos. Estoy convencida de que son estos movimientos los que terminarán de dar cuenta de esa extraordinaria «geografía global» a la que hacía referencia al comienzo de este texto. Son esas circulaciones que todavía resta examinar con atención aún después de tantos estudios en los cincuenta años transcurridos desde entonces, los que explican que al cerrar los ojos y decir «1968» no sepamos con certeza si estamos hablando de París, Praga, Berkeley, Tlatelolco o de las calles de mi ciudad, Montevideo, a las que tanta atención he prestado en mis últimos trabajos.

#### 4. Referencias

- Aldrichi, C. (2007). *El caso Mitrión: La intervención de Estados Unidos en Uruguay, 1965-1973*. Montevideo: Editorial Trilce.
- Artaraz, K. (2009). *Cuba and Western Intellectuals since 1959*. USA: Palgrave.
- Barr-Melej, P. (2017). *Psychedelic Chile: Youth, Counterculture, and Politics on the Road to Socialism and Dictatorship*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

- Copelmayer, R., & Díaz, D. (1969). *Montevideo 68: La lucha estudiantil*. Montevideo: Diaco.
- Cosse, I. (2010). Una revolución discreta: El nuevo paradigma sexual en Buenos Aires (1960-1975). *Secuencia*, 77, pp. 113-148.
- Costa, O. (1971). *Los tupamaros*. México: Era.
- Della Porta, D. (1995). *Social Movements, Political Violence, and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gould, J. L. (2009). Solidarity under Siege: The Latin American Left, 1968. *American Historical Review* 114(2), 348-375.
- Grandin, G. (2004). *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Indal (Ed.) (1973). *Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros): Documentación propia*. Caracas: INDAL.
- Langland, V. (2013). *Speaking of Flowers: Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil*. Durham, NC: Duke University Press.
- Manzano, V. *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Manzano, V. (2018). Out of Place: Students, Workers, and the Politics of Encounter in Argentina. Ponencia presentada en la *Conferencia 1968 in Europe and Latin America*. Notre Dame University.
- Marchesi, A. (2017). *Latin America's Radical Left: Rebellion and Cold War in the Global Sixties*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Marchesi, A. (2018). *The May '68 That Was Not May '68: Latin America in the Global Sixties*. Consultado el 12 de noviembre de 2018, en <https://www.versobooks.com/blogs/3846-the-may-68-that-was-not-may-68-latin-america-in-the-global-sixties>.
- Marchesi, A., & Yaffé, J. (2010). La violencia bajo la lupa: Una revisión de la literatura sobre violencia y política en los sesenta. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 19(1), 95-118.
- Markarian, V. (2012). *El 68 uruguayo: El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

- Markarian, V. (2014). «To the beat of The Walrus»: Uruguayan Communists and Youth Culture in the Global Sixties. *The Americas*, 70(3), 363-392.
- Pensado, J. (2013). *Rebel Mexico: Student Unrest and Authoritarian Political Culture during the Long Sixties*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Rama, G. (1963). *Grupos sociales y enseñanza secundaria*. Montevideo: Arca.
- Rey Tristán, E. (2006). *A la vuelta de la esquina: La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Rico, Á. (2005). *Cómo nos domina la clase gobernante: Orden político y obediencia social en la democracia postdictadura en Uruguay, 1985-2005*. Montevideo: Editorial Trilce.
- Salgado, A. (2014). «Una pequeña revolución»: Las Juventudes Comunistas ante el sexo y el matrimonio durante la Unidad Popular. En Álvarez, R., & Loyola, M. (Eds.), *Un trébol de cuatro hojas. Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX* (pp. 144-169). Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- Suri, J. (2003). *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Detente*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Uruguay, Poder Ejecutivo (1968). *Registro Nacional de Leyes y Decretos*. Montevideo: s.d. (Decreto 383/968, 13 de junio de 1968).
- Varela Petito, G. (2002). *El movimiento estudiantil de 1968: El IAVA, una recapitulación personal*. Montevideo: Editorial Trilce.
- Walker, L. (2014). Radicales clasemedios: Privilegios y verguenzas de clase en el México pos 68. *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, 5(5), 65-83.
- Zolov, E. (2002). *Rebeldes con causa: La contracultura mexicana y la crisis del Estado patriarcal*. México: Grupo Editorial Norma.
- Zolov, E. (2014). Introduction: Latin America in the Global Sixties, *The Americas*, 70(3), 349-362.

*página intencionadamente en blanco / page intentionally blank*